

Pablo Martín Prieto

**LA CULTURA EN
EL OCCIDENTE
MEDIEVAL**



Una síntesis histórica

SUMARIO

PRÓLOGO	15
1. PRELIMINARES	21
La Edad Media: concepto y realidad	21
Valoraciones sobre la cultura medieval	23
La aventura de la cultura medieval en Occidente	26
2. LOS SIGLOS IV Y V: EL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD Y LA FORMACIÓN DE LA PRIMERA CULTURA CRISTIANA	31
Carácter general de esta época de síntesis	31
El sesgo de la herencia cultural romana	32
La aceptación cristiana del programa de las artes liberales	35
San Ambrosio de Milán	37
San Jerónimo	40
San Agustín	41
Poetas e historiadores cristianos	45
Algunas notas sobre la producción libraria	48
Transformaciones en la estructura cultural de Occidente	51
3. EL SIGLO VI: LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA MEDIEVAL	53
Preservación de la cultura en los reinos germánicos de Occidente	53
Boecio y la cuestión de los universales	54
Casiodoro	57
San Gregorio de Tours	59
Los orígenes del monacato en Occidente	62
San Benito y su Regla	65

San Gregorio Magno y la expansión del monacato benedictino	68
Monasterios de raíz irlandesa en el Continente	70
La evangelización monástica de Gran Bretaña	70
4. LOS SIGLOS VII Y VIII: LA ÉPOCA DEL ENCICLOPEDIISMO PERIFÉRICO	73
El centro de la cultura occidental se traslada a su periferia	73
El esplendor cultural de la Hispania visigótica	73
San Isidoro de Sevilla	77
Las Etimologías	79
La huella isidoriana en la cultura hispana altomedieval	81
El protagonismo cultural de las Islas Británicas	83
San Beda el Venerable	85
Raíces británicas del Renacimiento Carolingio	88
5. LOS SIGLOS IX Y X. EL RENACIMIENTO CAROLINGIO Y SUS DERIVACIONES	91
Denominación y carácter del Renacimiento Carolingio	91
Su inmediato contexto histórico y cultural	92
Promoción cultural desde la corte de los francos	93
Alcuino de York	95
El indispensable apoyo de la Iglesia	96
La reforma del monacato benedictino	99
Un primer balance de resultados	100
Discípulos y continuadores de Alcuino	101
La madurez de este renacimiento	102
Inicio de las tradiciones literarias nacionales	104
Declive de la cultura carolingia desde la segunda mitad del siglo IX	106

Juan Escoto Erígena y la recepción del Corpus Dionysiacum	108
El siglo X: declive y formación de nuevas tendencias	111
Aportaciones culturales del siglo X	111
Silvestre II y la renovación de las matemáticas	113
6. EL SIGLO XI. EL ARRANQUE DE LA CULTURA ESCOLÁSTICA ..	117
Caracterización general del periodo	117
El despegue de las sociedades europeas occidentales	117
Reanimación de las literaturas nacionales	118
El protagonismo de las escuelas episcopales	119
Cluny y la renovación de la cultura monástica	120
Monjes eruditos	121
El papel de las traducciones	123
Constantino el Africano y la escuela médica de Salerno	124
Diversificación de las líneas de evolución cultural	125
Uso y abuso de la dialéctica	125
Nuevos debates en torno a los universales	129
Roscelino de Compiègne	130
San Anselmo de Canterbury	130
La transición al siglo XII: teología, política, poesía e historia	132
7. EL SIGLO XII. EL TRIUNFO DE LA CULTURA URBANA	137
Una aceleración de procesos iniciados en el siglo XI	137
Multiplicación de las traducciones	138
Asimilación progresiva de los nuevos aportes	141
Pedro Abelardo	142
El desarrollo de las literaturas vernáculas	144
Algunos hitos de la literatura latina	152
San Bernardo de Claraval y la corriente de la mística especulativa	155

La escuela de San Víctor	157
La escuela de Chartres y el retorno a la naturaleza	159
La escuela de Notre-Dame de París	162
Juan de Salisbury	164
Conclusión	166
8. EL SIGLO XIII. LA MADUREZ DE LA CULTURA ESCOLÁSTICA	167
El esplendor cultural del siglo XIII como culminación de un largo camino	167
Manifestaciones de vitalidad cultural: el arte gótico y las literaturas vernáculas	168
Fibonacci	170
El nacimiento de las universidades	172
La gran entrada de Aristóteles	174
Las primeras cautelas y prohibiciones	176
Los primeros aristotélicos ortodoxos	177
Precursores de la ciencia inglesa	179
El protagonismo intelectual de las órdenes mendicantes	182
Alejandro de Hales	183
San Buenaventura	184
San Alberto Magno	187
Santo Tomás de Aquino	190
El “averroísmo latino”	195
Condenas antiaverroístas (y antiaristotélicas)	196
Algunos ilustres mendicantes ingleses	199
La línea del “agustinismo antitomista”	202
Otras direcciones: Raimundo Lulio	203
Duns Escoto	205
Conclusión	208

9. LOS SIGLOS XIV Y XV. DESINTEGRACIÓN DE LA ESCOLÁSTICA Y ALBA DEL RENACIMIENTO	209
Un tiempo de crisis y profundas transformaciones	209
Diversidad y estancamiento de las líneas de pensamiento	211
Epigonismo del tomismo y del escotismo	211
Guillermo de Occam y la <i>via modernorum</i>	212
El refugio de la mística y el camino de la devotio moderna	215
Una efervescencia científica sin precedentes	223
Paso al humanismo	228
Ejemplos de madurez en las literaturas vernáculas	230
La conexión griega y la recuperación de Platón	239
 CONCLUSIÓN	 245
 BIBLIOGRAFÍA SELECTA	 247
 ÍNDICE ONOMÁSTICO	 255
 ÍNDICE TOPONÍMICO	 263

PRÓLOGO

El amable lector tiene en sus manos una pequeña síntesis de historia cultural de la Edad Media. ¿Otra más? En efecto, otra más, y no de las más enjundiosas, por cierto. No es una obra de especialista, ni aporta novedades a lo que ya se conoce sobre la materia: es, sencillamente, o desea ser, un breve compendio útil, un vademécum para consulta rápida, y también un primer peldaño que establezca unas pocas ideas claras sobre el tema, invite a la reflexión y, si ha de cumplir nuestro propósito, lleve al lector a desear ampliar lo que aquí se explica en nuevas y mejores lecturas. Así pues, nuestro libro, sin renunciar al rigor, quiere servir como texto de iniciación a los alumnos de primeros cursos de las facultades de letras, pero no sólo a ellos, sino que también aspira a merecer el interés de más amplios círculos del público lector.

Tal vez existe hoy –nuestros libreros podrán confirmarlo– cierto interés del gran público por la Edad Media, alguna demanda de temas medievales. Ambientadas en un medio más o menos plausible, más o menos reconocible, circulan algunas llamadas “novelas históricas”, incluso seriales enteros de ellas, y gozan al parecer de la predilección constante de ciertos sectores del público. Pero –y a ello dedicaremos el primer tramo de nuestro capítulo preliminar– cabe aquí preguntarse: ¿cuál es esa Edad Media que se presenta mayoritariamente al público? La de los caballeros y las cruzadas, la de las reliquias y la inquisición, ciertamente. Existe, sin duda, una imagen tópica, no por más corriente y usual menos sesgada y deformada, de la Edad Media. En particular, la imagen más habitual que el gran público obtiene de este largo y decisivo periodo histórico no favorece precisamente la consideración ponderada y suficiente de sus logros culturales. En la imaginación popular, la Edad Media es ante todo una época de hombres rudos, de espadas desenvainadas y tumultuosas refriegas: en pocas palabras, como diría Goethe, “en el principio era la acción”, y la Edad Media es imaginada sobre todo como una época “de acción”, llena de violencia y desorden. Si por un momento el polvo de la

batalla se posa de nuevo y la imaginación consiente en escudriñar otra cara de la Edad Media, buscando en la dirección de lo contemplativo, entonces el tópico que primero acude a su encuentro es el de “la Edad Media, la edad de la fe”: aquella época teocrática en la que el rezo de los monjes substituía la reflexión de los filósofos, los índices de supersticiosidad ambiental alcanzaban sus máximos históricos y el progreso de todas las ciencias –no pudiendo aspirar éstas a ser nada más que *ancillae Theologiae*– se hallaba detenido, hibernando en espera de tiempos mejores.

La Edad Media, época de analfabetos que no se cuidaban de las letras ni de los saberes, abandonados en las manos de hombres de Iglesia que, en el mejor de los casos, se contentaban con recoger y clasificar de forma un tanto arbitraria –y aun ridícula– las migajas que en otro tiempo cayeron del rico festín de la cultura antigua. ¿No es, en esencia, esto lo que tantas personas evocan cuando se les invita a considerar el tema de la vida cultural en la Edad Media? Realmente, la reducción duele, sobre todo por el olvido en que se tiene a tantos autores de mérito, a tantas obras literarias, filosóficas y científicas de las que procede tanto de cuanto aún evoluciona en nuestra cultura contemporánea. Ni fueron tan toscos como se los pinta los pensadores del Medievo, ni tan estériles o banales los debates arquetípicamente “bizantinos” que se les atribuye, sino que en muchos casos, de su labor, hoy tantas veces ignorada, traen causa mutaciones e innovaciones profundas que contribuyeron a dibujar el panorama intelectual de nuestro tiempo. De esto el lector hallará tantas veces la prueba en las páginas que siguen.

Por otra parte, si este prejuicio denigratorio hacia la Edad Media halla hoy un acomodo tan sólidamente enraizado en la mentalidad mayoritaria, quizás en parte se debe a que en los mismos programas de estudios, y en obras generales sobre la historia de las más diversas disciplinas (desde la música hasta el deporte, por poner dos ejemplos un tanto periféricos), tanto como en la prensa y en general en toda la realidad cultural que nos envuelve, parece trabajarse con el postulado de un salto mortal de diez siglos, nada menos, entre el mundo clásico de la Antigüedad grecolatina y el humanismo del Renacimiento, como si entre medias, durante los siglos de la “Edad Oscura”, nada de relevante, nada de verdaderamente original hubiera acaecido en el desarrollo de nuestra cultura.

El autor recuerda aún sin dificultad la dramática impresión de discontinuidad –frustrante para cualquier escolar curioso– que en un curso de Historia de la Filosofía de enseñanza secundaria se operaba, cortando temerariamente por lo sano para pasar casi directamente desde Aristóteles hasta Descartes. Como magra consolación, todo lo más, se añadían unas breves notas sobre Anselmo de Canterbury (era tentador y necesario burlarse un poco de su

famoso “argumento ontológico”), y sobre Tomás de Aquino (al que se presentaba en todo caso como mero apéndice pasivo o excrecencia cristiana –por lo mismo prescindible– de Aristóteles). De creer aquellas hipersimplificaciones, no habría en toda la Edad Media cosa, idea o persona digna de figurar entre lo más granado y memorable de la Historia de la Filosofía occidental. En compensación, la Edad Media recibía en aquella educación secundaria un tratamiento más detallado y satisfactorio en clase de Literatura y en clase de Historia del Arte; pero aun así subsistía en el ambiente, en todo caso, cierto temor reverencial a los viejos dicterios de los humanistas y los ilustrados contra la supuesta o real barbarie de los tiempos medievales, y este prejuicio tan extendido afloraba a veces en forma de expresiones condescendientes, como si los hombres que escribieron y fabricaron objetos de arte en la Edad Media hubieran sido obcecados, incorregibles y manifiestamente “incapaces de hacer algo mejor”.

Lo que para muchos es obvio –que los frutos de la cultura medieval merecen conocerse y apreciarse por sí mismos y no sólo como pálido reflejo lunar de la luz de la Antigüedad– requiere tal vez demostración para otros. Y entrando a describir esos frutos no cabe temer que haya de faltar materia: ciertamente, en una historia cultural de la Edad Media hay mucho que contar. Se impone, así pues, la necesidad de seleccionar entre disciplinas, temas, autores y obras, aquello que, a juicio –siempre en último término subjetivo– del compilador no puede quedar fuera de la síntesis, por mínima que ésta sea. La presente obra nace con la modesta voluntad de ser un compendio escolar o divulgativo, breve y fácil, pero también habrá de ser obra “de autor”, al menos en un sentido: y es que si la selección de temas y autores tratados puede parecer en algunos puntos arbitraria, ello se deberá a que nuestra atención no se ha repartido por igual entre los diversos centros de interés que componen el panorama vastísimo de una historia de la cultura medieval en Occidente. En el caso de no pocos temas y autores, su inclusión en este libro no podrá causar sorpresa; en cambio, algunos lectores hallarán sin duda omisiones más o menos inexplicables en ciertos recodos del camino.

Si una breve síntesis como esta encierra alguna dificultad o algún peligro, ello se deberá sin duda a las servidumbres del enfoque escogido: se trata, ante todo, de escribir una historia cultural en sentido amplio, con elementos de una historia del pensamiento (más que de una historia de la Filosofía), de una historia de la Literatura, y de una historia del Arte, sin presentar un seguimiento completo ni lineal en cada una de estas esferas, sino una especie de enfoque entrecruzado y algo caprichoso si se quiere, descompensado a buen seguro, con elementos de las tres. De ahí las limitaciones, pero osamos esperar

que también la utilidad o cuando menos el carácter sugestivo e iniciador, del panorama resultante. El reparto de la exposición entre estas materias responde en ocasiones a un criterio cronológico: así, se concederá particular atención a la Literatura en el capítulo dedicado al siglo XII, en tanto nuestra exposición del siglo XIII adquirirá una coloración fundamentalmente filosófico-teológica, y el seguimiento de la Ciencia aparecerá como lo más relevante cuando lleguemos al siglo XIV.

Una limitación del enfoque escogido concierne, precisamente, al ámbito geográfico, que deja fuera de nuestra selección importantes tradiciones literarias y países enteros, para concentrarse ante todo en el ámbito de las grandes naciones históricas del Occidente medieval, y en dos (o a lo sumo tres) líneas de evolución de la historia de la Literatura. Comparativamente –el caso de la historia de la Literatura lo muestra muy a las claras– el espacio y la atención dedicados a España previenen toda acusación de *chauvinismo* en la concepción de la obra. Aquí, nuevamente, la opción didáctica y divulgadora predominante ha tendido a presentar al público de lengua española una síntesis que recuerda someramente temas y obras mejor conocidos de la propia tradición, para conceder conscientemente una atención más prolongada a otras importantes tradiciones literarias, las de las más importantes lenguas de cultura de Occidente.

La organización de los capítulos sigue, fundamentalmente, un criterio cronológico. Se ha procedido a la simplificación de dividir el desarrollo histórico de la cultura medieval en periodos que vienen a coincidir sospechosa y artificialmente con centurias, pero confiamos en que el defecto de precisión en la descripción de las sutiles variaciones de espíritu y color en el seguimiento de las líneas de evolución cultural de cada época quede compensado por el objetivo de claridad que se propone nuestra síntesis. Algunos capítulos parecerán excesivamente breves, pero en cualquier caso la riqueza de la materia es tanta, que la impresión contraria forzosamente quedará excluida de la compilación. Para propósitos de referencia, inmediatamente tras el título de cada capítulo figura un sumario con los nombres de los autores más importantes de que se trata en el mismo. De esta manera el lector puede localizarlos rápidamente, si bien se ha de hacer salvedad de que en estas listas iniciales no se recogen todos los nombres propios mencionados en cada capítulo, ni aun todos los temas incluidos. Por razones estrictamente utilitarias, cuya imperativa necesidad demuestra tristemente nuestra propia experiencia en el aula, las citas y títulos de obras en latín se han traducido al español, por lo general inexpresivamente, sin otra voluntad de estilo ni otra atildadura que la más seca e inmediata transmisión de su sentido.

Al final del libro se hallará una bibliografía, muy escueta y algo ecléctica. Se limita a orientar, mezclando obras consagradas y clásicas con otras recientes, sin verdadero sistema, como una indicación introductoria, “para abrir boca”, evitando toda pretensión de exhaustividad en un dominio que sin duda es amplísimo, casi propiamente inabarcable. La intención de esta bibliografía, más que dar cuenta de las obras que han servido al autor para elaborar la presente síntesis, es presentar al lector un menú de lecturas seleccionadas con la vista puesta en su diversidad, a fin de invitarle a ampliar, si así lo desea, los puntos que hayan suscitado su curiosidad.

El autor entenderá recompensado su modesto esfuerzo si este libro cumple su propósito de encaminar al lector hacia obras de mayor provecho.